

Homilía para el Quinto Domingo de Cuaresma

29 de marzo de 2020

Parroquia Sagrado Corazón - San Luis

Primera Lectura - Ezequiel 37:12-14

Salmo 23 - **Del Señor viene la misericordia, la redención copiosa.**

Segunda Lectura - Romanos 8:8-11

Evangelio - Juan 11:1-45 **La resurrección de Lázaro**

Queridos Hermanos y Hermanas en Cristo:

Aquí estamos en nuestro segundo (fin de semana) sin poder reunirnos como familia parroquial. Rezo para que cada uno de ustedes se mantenga saludable y en casa. Antes de comenzar mi homilía, me gustaría comenzar con un par de informes actualizadas.

Hemos continuado en la parroquia, nuestra oficina continúa "abierta", pero le pediría que llame o envíe un correo electrónico a la oficina con respecto a sus necesidades antes de pasar por aquí. Cuando llegue si es necesario, simplemente toque el timbre y alguien lo ayudará.

Como en este momento es mejor que las reuniones en persona sean muy mínimas, estaré disponible por teléfono en la oficina. Sería mejor fijar un horario con Barbara y luego puedo llamarle a esa hora específica. No, las confesiones no se pueden escuchar por teléfono. Por favor, si hay algo que pueda necesitar, no dude en comunicarse con la oficina parroquial.

Quiero agradecer a todos por su generosidad al enviar sus contribuciones parroquiales para que podamos seguir pagando a nuestro personal y continuar cumpliendo con nuestras obligaciones financieras. Nuevamente, no dude en enviarnos por correo o traerlo a la oficina parroquial.

Mientras celebró la Santa Misa el domingo, sepa que la Misa se ofrecerá para cada uno de ustedes y sus familias. Hecho de menos verlos a todos y espero con ansias el día en que podamos reunirnos nuevamente en el altar.

En el amor de Cristo,

Padre James

Homilía depara el Quinto Domingo de Cuaresma

Este domingo nos encontramos con el tercero de una serie de historias que nos revelan tres grandes regalos que Jesús nos puede dar. El primero de estos regalos que escuchamos hace dos semanas cuando el Padre Stephen Kenyon estuvo con nosotros. El tercer domingo de Cuaresma escuchamos la historia de la mujer en el pozo. Jesús le dio y nos da el agua de la vida eterna. Esta agua no solo puede lavar todos nuestros pecados. También apaga nuestra sed de tal manera que nunca volveremos a tener sed.

El fin de semana pasado escuchamos la historia del hombre que nació ciego. Escuchamos cómo Jesús restauró la vista del hombre para que pueda ver. Jesús también nos ofrece este regalo. Él viene y restaura nuestra vista. Cuando estamos ciegos, a menudo nos perdemos de tantas cosas que tenemos ante nosotros, con Jesús nuestra vista puede ser completamente restaurada. Este fin de semana llegamos a la historia final de esta trilogía y esa es la historia de la resurrección de Lázaro. Voy a revelarles el final de inmediato en el regalo que recibimos aquí y ese es el regalo de una nueva vida. Que una vez muertos, resucitaremos de nuevo, no solo cuando caigamos en pecado, sino también y lo más importante al final de nuestra vida terrenal, cuando nos elevaremos a la vida eterna en el cielo.

En nuestra primera lectura del profeta Ezequiel, él le habla a la gente de cómo un día Dios vendrá a nosotros y abrirá nuestras tumbas y nos hará resucitar de ellas. No solo nos levantaremos de nuestra tumba terrenal, sino que él infundirá su espíritu eterno en nosotros. Esto tiene dos significados. Está hablando de un momento en que cuando nuestras vidas terrenales hayan terminado y nuestros cuerpos estén en bajo tierra, nos elevará a una nueva vida con él. Pero diría que esto también habla a nuestras vidas hoy en el sentido de que a menudo nos encontramos espiritualmente muertos y en la gracia debido a nuestros pecados. Cuando pecamos, especialmente los pecados mortales, podemos encontrarnos en la tumba, muertos. Jesús nos da la reconciliación. Él lava nuestros pecados con su agua que da vida. Él nos llena con su Espíritu Santo y nos elevamos a una nueva vida a través de la reconciliación.

En nuestra segunda lectura de la carta de Pablo a los Romanos, escuchamos acerca de cómo los que están en la carne no pueden agradar a Dios. Se nos recuerda que somos un pueblo de Espíritu. No somos un pueblo de carne. Debido a que somos del espíritu, pertenecemos a Dios y al pertenecer a Dios podemos confiar y tener fe en que nunca seremos abandonados. Piense en las

palabras familiares que escuchamos en el Salmo 23: "El Señor es mi pastor, nada me falta". Durante estos tiempos de COVID-19 puede ser fácil olvidar que todo lo que necesitamos hacer es recurrir a Dios. ÉL es nuestro pastor. Su espíritu está en nosotros. Le pertenecemos a él. El Espíritu del Dios que levantó a Jesús de entre los muertos reside en nosotros. Este espíritu no nos fallará, especialmente en estos días más difíciles.

Finalmente, el Evangelio, la resurrección de Lázaro. Lázaro era un querido amigo de Jesús. Eran como una familia. Jesús amaba a Lázaro, así como nos ama a cada uno de nosotros, a sus hermanos y hermanas. Hay tres palabras que se destacan y que siempre son sorprendentes cada vez que las escuchamos. Tres palabras después de que Jesús descubrió que Lázaro había muerto ...

Y Jesús lloró.

Estas palabras son tan poderosas cada vez que las escuchamos, pero creo que ahora son más poderosas. Creo que, en muchos sentidos, Jesús está llorando en este momento. Llorando por aquellos que han perdido la vida. Llorando por los que están enfermos. Está llorando por aquellos que están atrapados en casa y solos. Él está llorando por nuestros niños que van a faltar a la escuela y aprender de casa y lejos de sus maestros y compañeros de clase. Está llorando por aquellos que han perdido sus trabajos o están temporalmente sin trabajo. Está llorando por aquellos que trabajan largas horas en las tiendas y otros negocios esenciales para que podamos obtener las cosas que necesitamos para la vida cotidiana. La lista como siempre puede seguir y seguir y seguir.

Jesús llora por nosotros porque nos ama. Él llora por nosotros porque quiere que tengamos una nueva vida. Él quiere levantarnos. Él levantó a Lázaro. Lo eleva a una nueva vida. Él también nos levantará también. Durante estos días que a veces pueden parecer tan oscuros, tengamos esperanza en esta promesa que está tan clara en nuestras lecturas de hoy. Nuestro Dios quiere que tengamos vida. Quiere levantarnos de la tumba y llenarnos con su espíritu. Cuando estamos llenos de su espíritu, le pertenecemos y él nos mantendrá a salvo. Pero, lo más importante, quiere levantarnos a una nueva vida. En este momento, podemos sentir que estamos en la tumba. Tengamos el consuelo de que Jesús está con nosotros y que una vez que todo esto termine, seremos resucitados a una nueva vida. Que nunca perdamos la esperanza. Que nunca tomemos este regalo y promesa por un simple hecho (que realmente lo valoremos).